

Hijo, mis palabras fieles,
Evocando mi recuerdo
Cuando del mundo me aleje;
Porque no anhele más dicha,
Más riqueza, más laureles,
Que hijos que honren mi memoria,
Y un nombre sin mancha lleven.

IGNACIO RAMIREZ.

Ignacio Ramirez, que sus discípulos y admiradores llaman y hacen llamar *el Maestro*, es una de las más eminentes personalidades de su patria, por cuya libertad intelectual y progreso ha luchado con firme teson, sin arredrarse ante los peligros y persecuciones de que ha sido objeto, no sólo por parte de sus enemigos, sino también de sus propios correligionarios en ideas.

Siendo muy joven aún y concluida apenas su carrera de abogado, disputábanse sus cátedras las más notables escuelas de Derecho, y su aparición como periodista avanzado y de combate, hizo vacilar y estremecerse en sus cimientos al autocrático gobierno del famoso general Santana, que temblaba al solo nombre de aquel Voltaire del Nuevo Mundo, y ni él ni sus sucesores descansaban sino teniéndole en prisión y encadenado.

El ilustré presidente Juárez, á cuya vista de águila no podia ocultarse la importancia de hacer cooperar á su obra regeneradora á un hombre como Ramírez, le llamó varias veces á formar parte de su Consejo de Ministros, y como tal, desempeñó las carteras de Justicia, Instrucción pública y Fomento.

El voto popular le elevó desde los primeros momentos de su vida pública á la magistratura de la Suprema Corte de Justicia, y constantemente le ha reelegido para tan importante cargo, sin necesidad de apoyo ni recomendacion oficial.

Con el triunfo del general Díaz, actual presidente de la República, volvió á desempeñar una cartera de su primer ministerio, que dejó para pasar nuevamente al Supremo Tribunal.

Sus notabilísimas cátedras de literatura no han producido verdaderos discípulos, pues sus lecciones se refieren, más que á los textos, á su modo especial de ejercer su crítica elevada, pero burlona, incisiva, cáustica y escéptica sobre todo en grado inverosímil.

Este carácter especial ha hecho que no haya obtenido más conquistas que las de la admiracion y el temor: si se le ama, es sólo por la atraccion que ejerce la majestad con que ha soportado sus desgracias.

Es estoico por naturaleza; á quien se acerca á él demandándole consuelo, le aconseja que destroce y pulverice el corazón, para que no teniéndole, no le duela. Compara los infortunios ajenos con sus propios infortunios, y los desprecia y rie de ellos, no como filósofo, sino como sér insensible. En cuanto al arte, le ha soñado ó visto tan perfecto, que no cree posible llegar á él: á sus composiciones, en su mayor parte magníficas, no da él valor alguno, no por modestia, sino por conciencia que tiene de que así debe hacerlo; y cuando elogia las de los demas, lo hace por bondad de carácter, no porque las crea capaces de resistir á su severa, profunda y realista crítica.

Ignacio Ramirez es una grandiosa figura literaria, filosófica y política, que, como Voltaire, con el cual tiene gran semejanza moral, no podrá ser verdaderamente juzgado sino en el porvenir. Lo único que puede predecirse es que será considerado como una de las más legítimas glorias de su nacion.

AL AMOR.

¿Por qué, Amor, cuando espiro desarmado,
De mí te burlas? Llévate esa hermosa

Doncella tan ardiente y tan graciosa
Que por mi oscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla,
Y libre yo mi presa al aire entrego;
Al inerme leon el asno humilla.....
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luégo
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

FRAGMENTOS.

I.

.....
¿Qué es nuestra vida sino toscó vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan Natura y el Acaso?
Si derramado por la edad le veo,
Sólo en las manos de la sábia tierra
Recibirá otra forma y otro empleo.
Cárcel es, y no vida, la que encierra
Privaciones, tormentos y dolores,
Ido el placer, la muerte ¿á quién aterra?
Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi pecho vacilante avanza;
Nací sin esperanza ni temores.
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

II.

Anciano Anacreon, consagró un dia
Un himno breve á Vénus orgullosa.
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía.

Las palomas jugaban sobre el carro
Y una sonrisa remedó la fuente;
Y la Fama cantó que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente
Y las aves murmuran de algun beso.

MANUEL M. FLORES.

Manuel M. Flores es el poeta de ese amor que necesita para desarrollarse el clima abrasador del verano de Nápoles, y tener bajo sus piés el suelo palpitante del Vesubio, y estar iluminado por el reflejo de una erupcion de aquel sepultador de ciudades: las más veces le inspira lo que se ha llamado el demonio de Byron: como éste, estremece aún con su ternura. Los cantos eróticos de Flores son la voz de la tormenta de la pasion. Su lira de hierro enrojecido sólo tiene acentos para la mujer, de la que hace una diosa mitológica tan pronto rebosando virtudes, tan pronto miserias, pero grande y magnífica siempre, como Luzbel ántes y despues de su caída. Tal es su aficion. Recorred sus irreprochables traducciones ó imitaciones de los mejores poetas, y veréis que siempre ha elegido los pasajes de más sublime ó demente pasion: del Dante, *Francesca*; de Horacio,

Glicere; de Shakspeare, *Ofelia* y *Julietta*: de Goethe, *Fausto*; de Heine y del cruel Lessing, los más sangrientos epigramas.

Flores es en su género lo que en el suyo son sus dos compatriotas Justo Sierra y José Rosas: joyas de altísimo precio.

Flores es un poeta de grande inspiracion; su versificacion, llena, conceptuosa y musical. Tiene el solo defecto de descuidar mucho la prosodia: él mismo lo confiesa en las cuatro palabras que puso al frente de sus poesías. El que conoce y descubre sus faltas, bien puede corregirlas sin dejar este trabajo á sus amigos, que si son buenos, no es posible se resignen á ser sus cómplices en su extraña manera de detener los golpes de la crítica.

EVA.

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter el *Fiat-lux* estremecía.
Era el sereno despertar del mundo,
Del tiempo la niñez. Amanecía,
Y del Criador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,

La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera.
Y levantando púdica su velo
Gentil la Primavera,
Al ostentar magnífica sus galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura
Tapizaban soberbias los barrancos,
Y eran su espuma caprichosa y rica
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,
Llenaba su follaje de rumores;
Flotaba en el espacio la armonía,
Y la colina desbordada en flores;
El agua alegre, juguetona, huía
Entre cañas y juncos tembladores,
Y de la aurora bajo el ancho velo
Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
Juntándose amorosas, preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Se exhalaba de todas las corolas.
Vagorosos los tímidos cefiros
Al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Desatando el raudal de sus canciones
Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza,
De salir del caos aún deslumbrada,

Ebria de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía,
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre! Allá en el fondo
Más secreto del bosque, do la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida la musgosa alfombra,
Más tupidas las flores
Y más rico y fragante el limonero;
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y cantaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas;
Dó más bello tendía
Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormía,
Aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo inmaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno.
Dios miró lo criado
Y encontró que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de Aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
A la sombra, dormido, de una palma
Estaba Adán. Su frente pensadora,
Su noble faz augusta de belleza
En medio de su sueño se cubrían
De una vaga tristeza.
Oreaba sus cabellos el cefiro;
Blandamente su pecho respiraba,
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio pasaba.
¿Padecía?..... ¡Quizás!..... En su retiro

Sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio
De la existencia en el primer momento
Bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno;
Pero él estaba solo..... El aislamiento
Trasformaba en proscrito al soberano.....
Entónces el Señor tendió su mano
Y el costado de Adan tocó un instante.....

.....
Suave, indecisa, sideral, flotante
Cual ligero vapor de las espumas,
Cual casto rayo de la luna errante
En un jiron perdido de las brumas;
Cual nacida del cáliz de las flores,
Con sus pétalos hecha y sus colores,
Viviente perla de la aurora hermosa,
Lampo de luz del venidero día
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo sér que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adan..... Adan dormía.
La primera mujer..... ¡Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbré
La mañana primer^a de las mañanas,
¡Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas,
Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera?.....
La misma mano que extendió los ciclos
Y los alumbra con auroras bellas;
La que salpica los etéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que viste de azul los horizontes,

Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el iris esplendente
Diademas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nube de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del iris los colores
Para con ellos colorar las plumas,
Para con ellos matizar las flores;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perenal hechizo,
La del eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer..... esa te hizo!.....
La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el blanco rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios,
Como la flor de la granada, rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas
En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespon de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.
Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso.....
Eva era el alma en flor del Paraíso.
Y de ella en derredor, rica la vida

Se agitaba dichosa :
Naturaleza toda, palpitante,
Ceñía sus contornos voluptuosa :
Las hojas la cantaban
La cancion del susurro melodioso,
Al compas de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoro :
La arrullaba la brisa con rumores,
Su cabello empapaba con aromas,
Y trinaban mejor los ruiseñores,
Y lloraban más dulce las palomas,
En tanto que las flores,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia,
Su pié bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luégo.
Iba á salir el sol, amanecía ;
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adan dormía.
Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba,
Y su labio entreabierto sonreía.
Eva le contemplaba,
Sobre el inquieto corazon las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos ojos soberanos.
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno comprimido
Del corazon el férvido latido ;
Sintiendo que el aliento que salía
Del labio abierto del gentil dormido
Abrasándole el suyo, la atraía,
Inclinóse sobre él....
Y de improviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante.....

Se estremeció de amor el Paraíso !....
Y alzó su frente el sol en ese instante.

BAJO LAS PALMAS.

Morena por el sol de Mediodía
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mia,
La rosa tropical de la montaña.
Dióle la selva su belleza ardiente,
Dióle la palma su gallardo talle ;
En su pasion hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.
Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasion en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea.
Me tiembla el corazon cuando la nombro,
Cuando sueño con ella me embeleso,
Y en cada flor con que su senda alfombró
Pusiera un alma como pongo un beso.
Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.
Ella, la régia, la beldad altiva
Soñadora de castos embélesos,
Se doblega cual tierna sensitiva
Al aura ardiente de mis locos besos.
Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,

Y grutas perfumadas con alfombra
De eneldos, y tapices de jacintos.

Y palmas de soberbios abanicos
Mecidos por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de canoros picos
Y lejanos torrentes caudalosos.

Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo de musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.

Por pabellon tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha la potente lumbre
Del espléndido sol americano.

Y se oyen tronadores los torrentes,
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes
Nuestros libres amores del desierto.

Los labios de los dos, con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Despues..... desmayan lánguidos los besos.....
Y á la sombra quedamos de las palmas.

HOJAS.

I.

Amaba mi corazón,
Y mi corazón vendieron;
Más «perdona» le dijeron
Y ¿cómo no perdonar?....
Mi corazón sollozaba,

Sangrando estaba la herida,
Y le dijeron «olvida»,
Pero no pudo olvidar.
«Entre el perdón y el olvido
»Hay una distancia inmensa;
»Puede perdonar la ofensa
»Pero olvidarla..... jamas.»

II.

Vuelve á mi corazón, queda escondida.
Ilusion imposible de mi vida,
Ternura de poeta, pasión loca...
Si no has de ser dichosa ni creída,
Vive en mi corazón, calla en mi boca.

III.

Así es la vida. Niebla pasajera
Que cruza vagabunda por la esfera
Deshaciéndose en vaga lontananza;
Y nuestra dicha, frágil é indecisa,
Un suspiro que pasa con la brisa,
Y un sueño nada más nuestra esperanza.

IV.

Allá cuando era joven, el alma en primavera
Soñando ya en amarte, mi dulce compañera,
Se desbordaba en flores
Y músicas de amor.
El aura de la vida ungió mi cabellera

Con el celeste aroma de la esperanza en flor.

Entonces una noche.... el cielo nos veía

Con sus miradas de astros ; la bóveda sombría

Era un inmenso templo ;

El sacerdote, Dios.

Ante él tu fe me diste , ante él te dí la mia.

Quedaron desposadas las almas de los dos.

Pero hoy la noche es negra. La bóveda enlutada

Es una inmensa tumba..... Murió mi desposada

Y mi alma con la suya

Muriendo se llevó.

El templo está desierto, la lámpara apagada....

¿Quién llora en las tinieblas?... ¿Aun puedo llorar yo?

AGUSTIN F. CUENCA.

Agustin F. Cuenca nació en 1850, y es, por tanto, uno de los más jóvenes poetas que en este libro figuran. Apenas comenzada su carrera de Jurisprudencia la abandonó para darse al cultivo de la literatura y tomar parte en las luchas periodísticas que, como prólogo de otras más sangrientas; agitaron los últimos años de la presidencia de D. Sebastian Lerdo de Tejada, y en ellas dió verdaderas pruebas de un noble valor civil.

En aquella época dió á la escena su drama *La Cadena de Hierro*, que en una sola noche le colocó en primera línea como poeta dramático, cimentando con justicia su reputacion.

En sus primeras composiciones como lírico llevó tan al extremo el deplorable defecto de los Góngoras, que dudó que él mismo pudiera haber descifrado aquellos ampulosos enigmas.

003203

Léjos de irritarse con las sangrientas críticas de que fué objeto, su buen sentido le hizo cambiar de ruta, y es hoy día un distinguido poeta justamente apreciado, y una sólida esperanza de la literatura de su patria.

Sus poesías tienen un colorido brillante; las imágenes que emplea son por lo regular atrevidas, y su estilo y el giro que le imprime tienen casi siempre novedad y elegancia, por más que áun tengan mucho que purgar en cuanto á gongorinas reminiscencias.

LA MAÑANA.

Tiende el sol cuándo amaneco,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos; la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores
La vidriera de colores
Del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso

Con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.

De carmin tinte al rosál,
De oro tinte al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arbol.

Sobre la cumbre riscosa,
En los témpanos de hielo
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un iris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata,
Junto á adelfas de escarlata
Azucenas de alabastro.

Presta al rizado plumaje
De los pájaros, colores:
Da colores al encaje
De las nubes, y al paisaje,
Perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas;
Fuego el sol; llanto el rocío;
Flores el juncal; las pomas,
Roja grana; las palomas,
Blanca nieve; espuma el río.

La oscura selva, rumores;
El torrente, centelleos
De divinos resplandores;
La alameda, ruiseñores;

Los ruiseñores, gorjeos.

Toda la naturaleza,
Cuando el sol la da calor

Al peso de su grandeza,

Es mujer cuya belleza

Entra á un tálamo de amor.

Lasciva al placer, arroja
Del pudor los blancos velos,

Cesa su febril congoja,

Y cuando ella se sonroja,

Ya tienen, bajo los cielos,

Los arroyos más cristales

Las rosas ménos espinas,

Más flores los florestales,

Más espigas los trigales,

El torreón más golondrinas!

—
NIEVE DE ESTÍO.

Copia fiel de tu belleza

Pediste ayer al espejo,

Que es el más puro reflejo

De la más noble franqueza,

Y siento de mi tristeza

Creer los fieros enojos,

Porque para ver tus rojos

Labios y tu blanca frente,

No hay cristal más trasparente

Que las niñas de mis ojos.

La luz, de copiarte ufana,

Dió al espejo sus destellos,

Y entre tus negros cabellos

Viste colgando una cana:

Fué entónces marfil la grana

Que el rostro á besarte mueve,

Y trémula, fiera, aleve

Rompiste el cabello cano,

Que era un cisne de verano

Envuelto en plumas de nieve.

Presca de terribles luchas,

Como agravio á tus hechizos,

Viste despues en tus rizos

Otra cana y otras muchas,

Y triste en silencio escuchas

Cómo la razon proclama,

Que es el pensamiento llama

Que cuando más se enrojece,

Más el cabello emblanquece

Con el fuego que derrama.

Fijos en el claro espejo

Tus más claros todavía

Ojos, que causan al día

Rubores con su reflejo,

Las blancas hebras del viejo

Cabello en su edad lozana

Arrancaste, y la galana

Luz de tu mirada, al verlas,

Fué luz que disuelta en perlas

Bajó á besar cada cana.

Un rizo blanco me envias,

De tus letras adoradas

Envuelto en las desmayadas

Misteriosas melodias;

Y en tus congojas sombrías

Pienso al ver tus canas bellas;

De unas y otras te querellas,

Unas son la noche oscura

Que nubla tu frente pura,
Las otras son sus estrellas.
Con odio á torpes amaños,
Y venciendo tu alívez,
Me has mostrado la vejez
Que agobia á tus ventiuñ años;
Y sin temer desengaños,

Ni temer fieros desdenes,
Déjame besar tus sienes;
Vano fuera tu temor
Cuando sé que son de amor
Todas las canas que tienes.

Cuando en tí regocijado,
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado;
Cuando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido,
Y tiene allí por sentido
Rui señor que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.

Cuando al verte sólo veo
Que eres claridad del día,
Romántica fantasía
De espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el árbol, que el río
Copia en su cristal bravío
Querellándose de amor,
Madreselva cuya flor
Por galan tiene el rocío.

Noche de las estrelladas
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales

De los silfos y las hadas;
Raudal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso,
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumuroso.

Queden tus negros cabellos
Cifando tu faz morena,
Y el negro ángel de la pena
Quede aprisionado en ellos;
El rizo de los más bellos
Que fueron nieve de estío,
Guardo yo en el pecho mío
Viendo tus congojas grandes;
Hay siempre nieve en los Andes
Y espuma en el mar bravío.

JUSTO SIERRA.

Justo Sierra es natural de Yucatan, é hijo de una familia que es gloria de su patria por tan distinguidos políticos y literatos como á su país ha dado.

Siendo muy jóven todavía se presentó como poeta en México, conquistando desde el primer instante puesto elevadísimo entre los literatos de la capital. De nadie se han hecho más entusiastas ni justos elogios; nadie como él ha sabido mantenerse en primera línea sin flaquear ni retroceder. Nació poeta, y es en su género el primero.

Los incidentes de su vida se empequeñecen y llegan á desaparecer ante las glorias de su talento, y así es que sólo apuntaré que como letrado pertenece al personal de la Suprema Côte de Justicia, y como representante del pueblo ha figurado con honor en distintos Congresos Constitucionales.

Su inspiracion es torrenciosa y magnífica, valientes las imágenes que emplea, pindárico su estilo y llena y severa su versificación. Sus defectos, que mucho ha corregido, consisten en la demasiada licencia con que abusa de los neologismos, y en su empeño de imitar la oscura fraseología de un grande y moderno escritor frances, lo cual le hace muchas veces desnaturalizar el espíritu propio de la literatura española, á la que no tiene más remedio que ajustarse el escritor de América, miéntras tenga la fortuna de que su idioma sea el magnífico castellano.

Como prosista tiene las mismas virtudes y defectos, y su firma en los periódicos atrae á éstos gran número de suscritores, seguros de que habrán de encontrar en los artículos de Justo Sierra trascendentales asuntos elevadamente desarrollados.

Como poeta dramático ha obtenido también grandes éxitos, pero no tan entusiasmados como los que no se apartan jamas de él en el terreno genuinamente lírico.

PLAYERAS.

Baje á la playa la dulce niña,
Perlas hermosas le buscaré,

Deje que el agua durmiendo cifa
Con sus cristales su blanco pié.

Venga la niña risueña y pura,
El mar su encanto reflejará,
Y mientras llega la noche oscura,
Cosas de amores le contará.

Quando en Levante despunte el dia,
Verá las nubes de blanco tul,
Como los cisnes de la bahía,
Rizar serenas el cielo azul.

Enlazarémos á las palmeras
La suave hamaca, y en su vaiven
Las horas tristes irán ligeras,
Y sueños de oro vendrán tambien.

Y si la luna sobre las olas
Tiende de plata bello cendal,
Oirá la niña mis barcarolas
Al són del remo que hiende el mar.

Mientras la noche prende en sus velos
Broches de perlas y de rubí,
Y exhalaciones cruzan los cielos,
¡ Lágrimas de oro sobre el zafir!

El mar velado con tenue bruma
Te dará su hálito arrullador,
Que bien merece besos de espuma
La concha-nácar, nido de amor.

Ya la marea, niña, comienza;
Ven, que ya sopla tibio terral;
Ven y careyes tendrá tu trenza,
Y tu albo cuello rojo coral.

La dulce niña bajó temblando,
Bañó en el agua su blanco pié;
Despues, quando ella se fué llorando,
Dentro las olas perlas hallé.

DIOS.

Sólo hasta allí, donde el oscuro velo
Del misterio insondable se descoge;
Donde la luz del cielo
Extingue su onda, apaga su mirada;
Allí el alma del hombre es la penumbra
Del sér y de la nada.
¿ Hasta allí? Nada más; donde perdido
Grano de arena de la playa eterna
Gira ignorado el sol; en donde mueren
Sin clamor, sin ruido,
Del ilimitado océano las olas,
Do forman los planetas densa bruma,
En donde son los cúmulos de estrellas
Fosforescentes átomos de espuma.
¡ Ah! yo iré más allá; la inteligencia
Sólo un paso ha medido,
Desde el mundo raquítico y vencido
Á do alcanzan los ojos de la ciencia.
Como el condor pujante de los Andes
Que dejando á sus piés la cordillera
Cual una lista oscura
En la niebla del mar desvanecida,
Se lanza á los espacios sin ribera
Y sube siempre y sube
Á do jamas el huracan impera
Ni se forma la nube,
Volaré así; me siento yo con alas
Para alcanzar las planetarias moles
Y yendo más allá, tocar el límite
En que acaban los mundos y los soles.
Partí; no se dilata más ligera
La luz en los espacios

Que mi audaz fantasía
Al punto mismo en que tendiera el vuelo
Sola se comprendía,
Con la indecible soledad del cielo.
Muy léjos ya, la tierra,
Como en pos de una sombra misteriosa,
Iba en perenne círculo
Arando el firmamento silencioso;
Pálida luna, en el azul sombrío
Su disco melancólico elevaba;
¿Qué invisible cadena en el vacío
A ese blanco cadáver arrastraba?
Marcha en paz, exclamé, momia gastada
Cuya rugosa tez ya marchitada
Aun puedo contemplar, marcha á perderte
En un mañana oscuro
Do encontrarás tal vez reposo y muerte;
Rueda en la inmensidad, es tu destino,
Pordiosera de goce y de ventura;
Prosigue tu camino,
Alienta sin cesar en la amargura.
Hay engendrado en tu alma
Un espectro, un verdugo,
Y tus propios delirios han pesado
En tu cerviz como inflexible yugo.
Amor llamaste á tu estupor cobarde;
Fe, á la impotencia de tu sér; humillas
La frente al humo, porque en zarzas arde,
Y ante tu propio oprobio te arrodillas.
Oye la historia de tu Dios; naciste
Á la tarde del caos moribundo,
La luz del día por creador tuviste,
Por crisálida el mundo:
Pobre hijo de la noche, ya empezaba
Del globo la agonía

Cuando tu cuna, que el dolor formaba,
El soplo del diluvio estremecía.
Ya eran entónces viejas las praderas,
Y en derredor de sus arcadas viudas
Al cielo de las nieves levantados
En inmensas pirámides austeras
Yacían esos plintos arruinados
De templo de otra edad: las cordilleras.
Trémulo el hombre á contemplar llegaba
Sobre la flecha de cristal del monte
La pupila de luz que lo miraba
Desde el ocaso, fúnebre horizonte.
El sol, clave inmortal del firmamento,
Que hizo brotar con la oracion primera
El primer pensamiento.
Y tuvo miedo el hombre, pavorido
Huyó al través del tiempo y del espacio,
Sintiéndose vencido.
Al rayo oblicuo del fulgor febeo,
De su camino rápido delante,
Proyeccion de su cuerpo de pigmeo
Se dibujó la sombra de un gigante.
Esa gran sombra es Dios, el hombre dijo;
Pero al fin llegó un día
En que la sombra negra decrecía,
Mientras el sol interior, el sol del alma,
En su cielo sin término ascendía.
Dios va á morir, la gran naturaleza;
He allí la eternidad; y la cabeza
Del hombre, coronada de poesía,
Dará su luz á la region sin nombre,
Y en la tumba de un Dios de fantasía
Habrá nacido el único, el Dios-Hombre.
Queda en paz; aun esclavo eres del polvo,
Pobre mundo proscrito;

Yo voy á sorprender en rauda vuelo
El germen de la vida en lo infinito.
Un segundo flotó en el firmamento
Su ancha cauda de sombra,
Al traves de la cual se percibia
Como enlutada por siniestro velo
La legion de los astros, tristes cirios
De la eterna mansion del desconsuelo.
Fué luego un punto negro que oscilaba
Al umbral de la noche del abismo:
Giró otra vez sobre su helado polo
Y todo quedó limpio. Estaba solo.
Allí me hallaba en el dintel del templo;
Junto á mí la verdad brillar debía,
Y al tiempo que volaba,
El éter más y más se oscurecia,
Más y más la razon se iluminaba.
De súbito la luz fulgura intensa;
Miríadas de astros en pasmoso vuelo
Miré llegar, disgregacion inmensa
De todas las moléculas del cielo.
Los puntos todos del espacio en soles
Tornábanse: mi vista fascinada
Los miraba llegar, globos gigantes
Que un minuto despues eran diamantes
Perdidos en la bóveda estrellada.
Entónces yo, llamando
La voz hasta mis labios, decir pude:
Dios, misterioso Dios, te estoy buscando.
¿Dónde guardas los rayos
Y la tremenda voz que al israelita
Puso espanto al pasar por el desierto?
Yo soy tambien de la region maldita.
¡Oh Dios del Sinai!... tal vez has muerto.
Yo vengo á tu presencia,

Misterioso hacedor de lo creado,
En busca de la eterna inteligencia
Que el alma de los hombres ha engendrado.
Y nadie me responde, y no hallo nada.
¡Oh mentira infinita
Que reinas en los mundos!
Muéstrame uno no más de tus destellos;
Traigo en el alma la inflexible espada
Que ha de romper el libro de los sellos...
Y rodó en el abismo mi risada.
Pero helóse al momento entre mis labios;
Yo no sé que sentí, que me dió miedo;
Mis miembros de pavor se estremecian;
¿Alguno se acercaba?
Las estrellas veian...
Yo creí que un relampago rasgaba
La negra inmensidad... ¡Ah! ¿por qué entónces
Cegué, cegué sintiendo en torno mio
Y en mi interior el soplo de un aliento
Que daba al alma de la tumba el frio?
Los mundos en sus ejes vacilaron,
No proyectaban sombra las esferas,
Estáticos los soles se pararon...
Cuando á ser tornó el tiempo,
Me comprendí por siempre quebrantado:
Alguno habia pasado...
Las estrellas cantaban:
«Bendito aquel que con su soplo anima
Del arroyuelo el plácido murmullo
Y los bramidos de la mar inquieta,
El firmamento inmenso y el capullo,
El insecto que canta y el poeta:
Llegue hasta él nuestro perenne canto,
Santo, tres veces Santo.»
Entónces exclamé... Yo te bendigo,

Déjame unirme al inexhausto coro,
Y perdona, Señor, mi loco empeño.
Pude dudar, Señor, pero te adoro...
¡Oh Dios!... Y desperté. Tal vez fué un sueño.

COLON.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA DRAMÁTICO.)

¿Quién es? ¿qué afán le guía?
¿Qué busca ese hombre en los perfiles rojos
Del remoto Occidente?
¿Por qué ese eterno pliegue en esa frente?
¿Por qué esa eterna llama en esos ojos?
¡Un visionario! ¡Ah, sí! Cuando ha dejado
La sombra un horizonte; cuando avanza
Del corazón en lo infinito una hora,
Rayo de luz que basta á la esperanza
Para encender en el zafir su aurora;
Cuando aparece un astro en el oriente
Mostrando al hombre en el dolor su ruta;
Cuando bebe un anciano la cicuta;
Cuando el sol de los libres centellea,
Y un profeta agoniza en el Calvario,
Es que la augusta antorcha de una idea
Brilla en manos de un pobre visionario!....

Para alzar de la noche un hemisferio
Eden de amores que la mar engasta,
Dadme un punto de apoyo, les dijiste,
Que la palanca de la fe me basta.

Y en pié en la proa del bajel hispano
Clamaste con acento sobrehumano:
«En el nombre de Dios omnipotente
»En cuyo arbitrio la creacion se encierra,
»¡Despierta, continente!»
Y como un eco enorme y de repente
Gritó una voz en lontananza: ¡Tierra!

Mártir padre de América; el futuro
En la hora fatal de su justicia
Te hará salir de tu sepulcro oscuro;
Un himno estallará de polo á polo,
Y tu América entónces, santo anciano,
Hará de tu corona de martirio
El sol de tu apoteosis soberano.
Cuando llegue ese instante,
Poned en la balanza, grandes reyes,
Vuestro sol sin ocaso, vuestras leyes,
De vuestro nombre el ominoso culto,
Vuestra justicia, que era la venganza,
Vuestro triste perdón, que era el insulto;
Y pon, historia humana escarneçada,
Del otro lado de la fiel balanza
Los grillos de Colon.—Que Dios decida.